

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA * AÑO XXII * 1945-1946

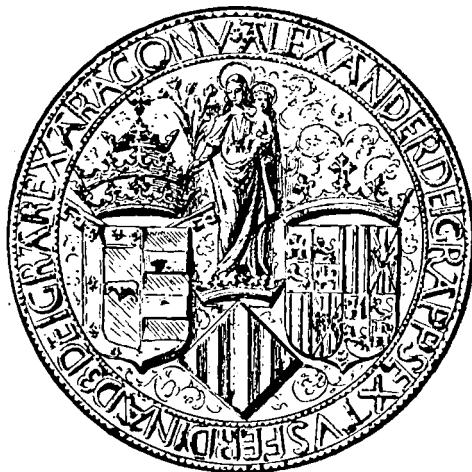
Influencia social de la Medicina

DISCURSO LEÍDO EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1945 A 1946 EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

POR EL

Dr. D. Miguel Martí Pastor

CATEDRÁTICO DE MEDICINA



VALENCIA, 1945

IMPRENTA DIANA (ANTES VIVES MORA)

HERNÁN CORTÉS, 8

Se publican estos ANALES por acuerdo del Claustro de la Universidad de Valencia, la cual se reserva los derechos que marca la Ley.

En los trabajos no oficiales que los ANALES publiquen, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones.

b 10794852

011454751

R.78.366

MAGNÍFICO SEÑOR,
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES,
CLAUSTRO UNIVERSITARIO,
SEÑORAS Y SEÑORES,
ESTUDIANTES :

TAMBIÉN como vosotros, queridos escolares, hace más de medio siglo entraba yo por esa puerta en tumultuosa y atropellada confusión para conquistar un sitio en este Paraninfo y poder presenciar la solemnidad del acto inaugural de curso, y mi espíritu, soñador y lleno de esperanzas, contemplaba con respeto y justa envidia a los sabios maestros que componían el Claustro universitario, que siempre fué la representación cumbre de la cultura y el saber ; y ante tan magnífico espectáculo sentí el anhelo de ocupar en lo futuro un puesto en el escalafón de la Universidad.

El tiempo y el esfuerzo de un espíritu dedicado al trabajo colmó mis deseos en una realidad al llegar al profesorado ; y hoy, cuando mi vida aca-

démica está próxima a terminar —por cumplimiento inexorable de la Ley—, vengo a ocupar esta tribuna cumpliendo el turno de leer el discurso reglamentario en esta solemnidad y que ha de servir al mismo tiempo de cordial despedida de todos vosotros, pues visto hoy por última vez el traje académico que siempre llevé con orgullo; y al quitarme esta toga que fué siempre para mí inmaculada, me despediré de ella con el dolor natural del que lo pierde todo en el orden docente, pero con la más alta satisfacción del deber cumplido.

Yo lo di todo a la Universidad y a vosotros, pues me consagué a formaros en el orden científico y espiritual, y si mi rendimiento no llegó a ser lo que yo hubiera deseado, fué porque no reuní seguramente las condiciones necesarias que me pudisteis exigir y a las cuales no pude corresponder.

Mi vida como maestro casi ha terminado, y sólo aspiro a encontrar un remanso tranquilo en el camino de lo que me resta de vida para desde allí, con la mirada fija en la inconsciencia de lo indefinido, dedicarme a contemplar la obra que vosotros tenéis que realizar como continuación perfeccionada de las orientaciones que de todos recibisteis.

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

Y después de estas palabras que, como breve exordio, acabáis de escuchar y antes de desarrollar el tema de esta mi modesta lección inaugural, hemos de cumplir con el reglamentario deber de dar cuenta al Claustro de aquellos compañeros que, con harto sentimiento, nos abandonaron, como también de aquellos que, con la satisfacción de todos, han ingresado en nuestra Universidad, sin olvidar al mismo tiempo a los que siendo hijos de esta Casa han ido a ocupar un puesto en otras Universidades.

La Universidad, y sobre todo la Facultad de Medicina, siente la condolencia de haber perdido dos de sus grandes hombres: el ilustrísimo señor don Vicente Peset Cervera y el excelentísimo señor don Enrique López Sancho. Ambos fueron maestros de maestros, y aun cuando ya hace tiempo habían dejado de pertenecer al escalafón de la Universidad, no por ello dejaron de vivir espiritualmente con nosotros, pues si durante su vida académica supieron irradiar su cultura y formar múltiples generaciones de hombres de ciencia, después de su jubilación irradiaron también su cariño paternal a todos nosotros y nos dieron ejemplo, en todo momento, de caballerosidad y gran amor al trabajo.

El doctor Peset fué un hombre de pluma fácil

y escribió de todo lo que concierne a Medicina, en su aspecto históricosocial, con una profundidad de conceptos, amenidad y elegancia envidiables.

El doctor López Sancho fué un cirujano que, con su destreza nada común, logró colocarse al lado de las primeras figuras de la Cirugía española, y sus libros y conferencias han servido para la formación de los que ahora trabajamos en la especialidad.

Este recuerdo que hemos dedicado a los que nos dejaron ha sido compensado con la satisfacción de nuevos compañeros que han ingresado en el escalafón de nuestra Universidad. La Facultad de Ciencias está de plácemes por haber recibido en su seno al profesor de Física, don Joaquín Catalá Alemany, cuya capacidad de trabajo y gran cultura es de todos conocida.

También la Facultad de Medicina cuenta con nuevos profesores, algunos de ellos hijos de esta escuela. En primer lugar, el doctor don Alfonso de la Fuente, que ganó en oposición directa la Cátedra de Cirugía de nuestra Escuela, y los profesores don Antonio Llombart y don Rafael Bartual, que desde Valladolid y Cádiz, respectivamente, han sido trasladados a nuestra Casa.

Nuestras satisfacciones no terminan con esto, pues hemos de felicitarnos de que el doctor don

José Gascó Pascual, hijo de esta Universidad, ha ido a ocupar un puesto en la Cátedra de Cirugía de Cádiz.

A todos nuestra felicitación más sincera, con el deseo de que su vida universitaria culmine todas sus esperanzas.

Y ahora dos palabras para el que hasta hoy fué el Decano de la Facultad de Medicina, doctor don Francisco Martín Lagos, que por un acto de su voluntad nos deja para desarrollar sus actividades en la Universidad Central; pasa a Madrid un gran maestro que perdemos nosotros, aparte del afecto y cariño que hemos sentido por él todos los que hemos sabido comprenderle.

* * *

Y ha llegado ahora para mí el momento más difícil, pues he de comenzar confesándoos que una de las mayores preocupaciones al dirigiros la palabra desde esta tribuna ha sido la de encontrar un tema digno de la Universidad y de cuantos me escucháis; y aunque lo que yo os diga, por escasez de mis fuerzas, no haya de ser lo que yo quisiera exponeros, pienso ocuparme de algo que, saliendo del conocido trabajo de las aulas, haga ver que somos algo más que una escuela profesional

donde se dan títulos. Y bueno es que aprovechemos estas fiestas en que la Universidad abre sus claustros a los de fuera, para probar de qué modo sabemos sentir los que vestimos esta toga las públicas necesidades.

Suelen ser los discursos de apertura serias monografías científicas que, como lección magistral, levantan el espíritu a las regiones especulativas; pero también pueden ser, como este mío, trabajos populares en que se tratan asuntos de interés social práctico para laborar por el progreso, la cultura y la vida nacional. Voy a tratar de asuntos de interés social, que a todos nos interesan, vertiendo libre y espontáneamente el pensamiento, por medio de la palabra, para sacudir del letargo a la opinión que "dormita, para que de esta manera la Universidad resulte para los extraños una institución viva y activa para la obra común y no encastillada en la fría seriedad de la rigidez académica.

Los médicos no vemos la vida en las distintas facetas que la humanidad la siente, no; la apreciamos en el hospital, en el taller y en el campo y la estudiamos más especialmente en el humilde, por estar más próximo a perderla. La vida nacional es para nosotros la de nuestros niños segados en flor, la de nuestros púberes tronchados cuando

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

el fruto del humano árbol empieza a verdear, la de nuestros obreros, la de tantas víctimas de dolencias fácilmente evitables, que por una abdicación de todos, rayana en la locura, son pasto de las enfermedades innecesarias y de la prematura muerte, y esto significa que todo problema patrio encierra, sin querer, la sombra de la enfermedad y de la muerte, que toma nuestro suelo como teatro escogido de sus desastres.

Debiera ser el tema de la enfermedad y de la muerte la universal atracción; pero pasamos la vida en discusiones estériles, mientras que el monstruo sigue impasible devorando vidas y abriendo dolorosas brechas en las masas humanas.

Ahora bien; siendo la Medicina la que tiene mayor derecho para intervenir en las difíciles cuestiones de dar la salud al hombre y defenderlo de la muerte, nos creemos en el deber de ocuparnos en el día de hoy del interesante tema de la INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA, exponiendo de una manera breve los principales problemas que de ello se derivan.

Sin pretensiones retóricas ni aspiraciones de trabajo serio, voy tan sólo a ponerlos de manifiesto cuantas ideas, atropelladamente, acuden alrededor del tema; y aun cuando nada nuevo oiréis,

el constante martilleo sobre los mismos conceptos sirve para que éstos se abran camino en la conciencia de los pueblos, pues todos deben oír y saber que la vida de sus hijos no está todavía bastante protegida.

La Medicina ha de tomar parte en los males sociales y esto es un derecho que debe ser reconocido por todo espíritu pensador; pero a pesar de todo, ante el vulgar sentir, aun de personas cultas, no aparece la Medicina como realmente es, pues se tiene el criterio que la enfermedad sigue al hombre cual si fuera su constante acompañante, y esta idea fija hace sean pocos los que dejen de pensar en la enfermedad cuando de Medicina se habla.

La palabra Medicina implica, para la mayoría de las gentes, hospitales, farmacias y quirófanos donde hay sangre que cohibir y dolores que mitigar; sólo muy pocos piensan que hay laboratorios donde, con un constante abrumador trabajo de investigación, se pretende arrancar y evidenciar los secretos de las enfermedades que padece el hombre.

No concibe la humanidad nuestra disciplina de otra manera que curando o aliviando enfermedades, sin pensar que tiene una función más elevada y que ha nacido cuando las sociedades

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

se han percatado de su salud colectiva para dedicarse a *evitar* los males que aquejan al hombre; de ahí que en la Medicina se abran dos brazos gigantes con los que se abraza a la humanidad; viene uno del pasado y dirígese el otro al porvenir: En el primero cristalizan todos los sufrimientos y es visitado por la muerte; en el otro, el espíritu se abre ante un risueño porvenir, en el que se habrán suprimido muchos dolores y extinguido muchas enfermedades. De estos dos brazos que la Medicina maneja, el primero es el de la Terapéutica, que cumple su misión de forma torpe y vacilante; mientras que el otro, el de nuestros días, el nacido ante el espanto de las epidemias, es el que trata de evitar los males de los pueblos en el futuro; es, en una palabra, el de la *higiene*, de tal importancia dentro de la Ciencia, que aunque la Medicina tenga incrédulos la Higiene no los conoce.

Es muy fácil para el vulgo impresionarse en un solo aspecto de la Medicina y sólo la comprende viendo al médico que recorre las casas cumpliendo con su sacerdocio y marchar por los caminos polvorientos recetando y haciendo pequeñas operaciones; pero la obra del que trata de evitar las enfermedades y perfeccionar la raza, que es nuestra aspiración cumbre, no encuentra

el ambiente deseado, pues no puede llegar a una soñada realidad sin el concurso de los Poderes públicos y el apoyo de las grandes colectividades, siempre tardas y desidiosas para cuidar de su propia salud.

No hay que ver en el médico al que acude al lado del enfermo para recetarle quinina o practicarle una intervención quirúrgica; el médico es algo más, y el progreso la ha redimido de aquel abominable ridículo de la novela y del teatro; las gentes se han acostumbrado a respetarle por su cultura, celo y abnegación y mañana se habitarán a admirarle desde el aspecto simpático de guardián de su salud.

La humanidad pide constantemente a la Medicina nuevos descubrimientos que curen rápida y completamente las enfermedades tenidas por incurables, lamentándose que no cuente con los medios necesarios para evitar la muerte, y constantemente se trabaja para encontrar la droga que cure al cardíaco, redima al tuberculoso y saque a flote al canceroso, y cada descubrimiento feliz levanta clamores de entusiasmo, no viendo el vulgo y hasta algunos médicos más que el arte de curar enfermedades: y es que no se piensa en el más útil y poderoso objetivo de la Medicina, el que señala el peligro antes de que llegue, y éste

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

es y será siempre la *Medicina del porvenir*, que no se orienta a curar, sino a precaver; la que ansía, constante y decidida, suprimir la enfermedad, siendo de tan trascendental importancia, que el día que se alcanzara este imposible ideal, el médico habría desaparecido, muerto a manos de la propia Medicina.

Dada la cuantía de los conocimientos de nuestra Ciencia, nadie hay más autorizado que el médico para medir la capacidad de la razón humana, como nadie más a propósito para asesorar a los que hacen las leyes; pues los Códigos se modifican por nuestras conquistas, las relaciones comerciales de los pueblos se han humanizado en las epidemias, las ordenanzas municipales se basan en nuestros consejos y las grandes cuestiones sociales no pueden resolverse si no acudimos a los fisiólogos, a los químicos y a los higienistas.

Hoy, gracias a los médicos, ya no se encadena a los locos ni se recibe a cañonazos a los barcos apestados, y Dios quiera que debido a nosotros no se agoten las energías humanas en el trabajo y guiados por nuestros consejos no se cebe la tuberculosis en ese rebaño de gentes que viven hacinadas en locales donde se rumia el aire y podamos conseguir también que el alcohol no sea *áncora* de aquel desdichado que, por no comer lo suficien-

te, bebe, y por darse un rato de dichas ficticias empapa su cerebro con aguardiente.

Los médicos vemos en lontananza que el cuidado de la salud pública sea una de las bases más importantes de la política, y empleamos la palabra *política* porque ya hace muchos años un ilustre profesor, a la vez que gran hombre público, denominó *Medicina política* a la higiene pública en su completa acepción, y aquel genial médico filósofo, el doctor Letamendi, no la llamó de otra manera en todos sus escritos. La Medicina política, podemos decir a imitación de Peschaud, «es la aplicación de nuestra ciencia a la gobernación de los pueblos en cuanto hace aplicación a la conservación de la salud, la prolongación de la vida de los ciudadanos y el mayor perfeccionamiento de la raza»; y Spencer añadió que «la supremacía del mundo sería del pueblo que aplicando la higiene, sepa preparar generaciones poderosas»; también podríamos señalar la opinión de Montesquieu, que asignaba al Estado la obligación de dar vida sana, y la de Fontenelle, que atribuía tal importancia a la salud, que la llamaba «la unidad que da valor a los ceros de la existencia».

Decíamos que el vulgo no veía más que la enfermedad, sin preocuparse de evitarla; pero en la

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

actualidad, los hombres de ciencia y gobernantes se preocupan de tomar como base la higiene para dar la batalla, evitando la enfermedad, para procurar hacer pueblos grandes, pues hasta en los libros que se manejan en la carrera de Leyes se lee en aquellos que tienen relación con la administración de los pueblos, que «la higiene pública constituye un medio de defensa y de progreso social».

El hombre necesita cubrir sus necesidades y éstas con el goce de una salud lo más perfecta posible; los sociólogos de los países cultos, y con ellos los economistas, plantean estos problemas trascendentales sin ser médicos, pues no se puede afianzar la riqueza de una nación sin cuidarse de la conservación de la salud.

En nuestro país, hasta hace poco, todo quedaba reducido a las conferencias que se daban en nuestras sociedades médicas, que quedaban archivadas, y la publicación de extractos en la prensa diaria, que, por no llamar la atención, quedaban arrinconados sin ser leídos.

Los que somos viejos hemos presenciado el resultado que obtenían estas cuestiones en tiempos pretéritos, pues cuando llegaban al Parlamento eran escuchadas con indiferencia por los más y sólo muy pocos pensaban que había que tomar

en consideración estas cuestiones que los higienistas presentaban a los gobiernos; pero por no haber consignación en los presupuestos, nuestros justos clamores quedaban reducidos a promesas que nunca llegaron a ser la realidad soñada; y es que por no ser conocida nuestra ciencia sanitaria, nuestra voz, en tiempos pasados, se perdía en el vacío y nuestro trabajo chocaba con la roca de la indiferencia.

Nuestra patria ve hoy con satisfacción que estos grandes problemas que de la higiene se derivan han comenzado a resolverse; pero hay que resolverlos con urgencia, pues la vida española se escapa a chorros por los boquetes abiertos a la muerte, y nuestro Caudillo, que tanto interés pone en las cuestiones sanitarias de España, tendrá que imponer la salud como se impone un castigo, para dar a la fuerza la dicha humana a quienes necesitándola no la piden ni la desean.

Esto demuestra que aquí dormimos y se necesitan grandes sacudidas para despertar del letargo en que vive nuestro pueblo, que sólo abre los ojos cuando el peligro se tiene encima.

Eramos niños todavía cuando el cólera de 1885 asolaba Valencia y diariamente morían a cientos los atacados por la enfermedad; la gente, espantada, corría aterrada y desarmada ante el asalto

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

de la invasión. Cosa parecida, aun cuando en menor escala, hemos sentido todos ante los casos de tifus exantemático, y es de ver cómo en estas circunstancias se tira el dinero a puñados y el desorden y el pavor quedan convertidos en gobierno.

No nos conmueve ni nos asusta más que la enfermedad tumultuosa, que arrebatada la vida en poco tiempo y que en unos meses manda a la tumba muchos miles de vidas; en cambio, la que mata solapadamente, nos destruye nuestra florida juventud y es huésped de muchas casas, viviendo en secular cronicidad, la toleramos con mahometana pasividad. Somos como aquellos a quienes asusta el estampido del cañón y a los que no haría palidecer si matara en el más absoluto silencio.

Tenemos la creencia que no debiera haber nadie que de buen español se preciara, que quisiera ser acusado de no prestar la atención debida a los asuntos sanitarios. Sin embargo, los gobernantes de otros tiempos nunca creyeron que estas cuestiones fueran dignas de estudio y sólo la política internacional, la económica, comercial y militar llenaron los objetivos de nuestra política pasada, sin que nadie pensara en una política sanitaria con ánimo decidido y voluntad resuelta de ir al encuentro de la muerte que, como nación, nos debilita.

Han precisado estos momentos de la liberación de España para que se pensara en la salud de todos y comenzar a organizar lo que ya debiera estar hecho y sólo necesitara su perfeccionamiento.

Yo no me he explicado cómo no ha habido alguien que, colocado en la cima del Poder o con intento de ocuparla, no haya hecho de estas aspiraciones una bandera; y es que aquellos políticos de oficio se sonreían ante tales ideas, porque en España no ha habido, ni hay todavía, un estado de opinión que encarne en los sentimientos de la perfección sanitaria, por lo que precisa que se rompa con todo el romanticismo político que nos viene de antiguo para encajar en los moldes que sirven a la vida de los pueblos modernos y se piense en algo nuevo, nacido de las necesidades que la humanidad siente para garantizar su salud. Ayer se luchó por los derechos políticos; luego se buscó el bienestar material, y hoy se lucha por enfermar menos y vivir más.

No comprendemos cómo nos hemos pasado toda la vida oyendo hablar de restañar nuestras heridas y recuperar nuestras fuerzas, perdidas en muchos siglos de calaveradas heroicas, para fortalecer el alma nacional, y se haya echado al aire, en alegre trompetería, los ecos anunciadores de una regeneración necesaria; pero hasta estos

momentos, en que hay por el Gobierno principal empeño en higienizar España, nadie se acordó de nuestra infancia herida de muerte, de nuestros obreros ahogados por viviendas infectas y en las que nuestras ciudades se han estado desenvolviendo con dejos de una higiene medieval, con hospitales deficientes para tanto enfermo y de cementerios necesitados constantemente de ensanche, teniendo cualquiera de estas cosas menos interés que la oscilación de la Bolsa. Yo bien sé que no hay atmósfera propicia para preocupaciones sanitarias en nuestras masas de gente y que se mira con pagano escepticismo todo esto.

En España se ha legislado mucho a base de decretos y leyes sobre salubridad pública y únicamente han quedado en el papel para demostrar nuestra actividad burocrática. Bruardel, hace muchos años, después de leer nuestra legislación sanitaria, afirmó que Francia tenía mucho que aprender de nosotros, y su desilusión hubiera sido grande al examinar nuestras estadísticas de mortalidad. Y es que a pesar de lo legislado, siempre se tropieza con la resistencia de los gobernados, pues el mismo gran contribuyente cerraría su bolsa o se lamentaría de una disposición en que en los presupuestos se consignaran los millones necesarios para resolver los asuntos de sanidad. A

nuestros banqueros y gente capitalista les preocupa mucho más lo que llaman enfermedad de la moneda que nuestras propias enfermedades, y les importa más el estudio de la balanza comercial que la balanza de la vida y de la muerte.

Decía un filósofo francés que el hombre necesita veinte años para llegar a la madurez de la razón, y se han pasado treinta siglos para conocer su estructura; sin embargo, sólo se necesita un instante para matarlo, y ese instante es para el español un minuto, pues cada minuto muere uno de nuestros conciudadanos, cuando, siguiendo el ejemplo de otros países, podíamos, según las estadísticas comparadas, ahorrarnos muchos miles de vidas al año. Dios concede la vida a título de préstamo que debemos defender; pero ante el despilfarro de la misma, malgastando sus energías, viene la muerte exigiendo el cobro.

Para capacitarnos del estado sanitario de nuestra patria y de los progresos que en este sentido se han llevado a cabo, necesitamos establecer comparación de lo que ocurría hace medio siglo y cómo nos desenvolvemos en el momento actual, y además hemos de establecer comparaciones con algunos países europeos.

Las estadísticas se han puesto en duda por muchos y se han clasificado por gentes de pres-

tigio de muy distinta manera; pero, a pesar de los defectos del método, cae como aplastadora maza el peso de sus números y no hay modo de escapar a la impresión que producen.

En el primer año de nuestro siglo murieron 517.575, es decir, que más de medio millón de cadáveres fueron a ocupar un sitio en nuestros cementerios, y es ciertamente mucho para esta tierra española, que en la fecha a que nos referimos sólo contaba con poco más de dieciocho millones de habitantes.

Decía el conde de Gimeno, ocupándose de este asunto, que ninguna nación culta veía morir, proporcionalmente, tantos de los suyos, y con ello hemos realizado muy mal nuestra misión de repoblar la parte de la tierra que en suerte nos tocó.

Tenemos a nuestro alcance todos los resultados de nuestro Instituto Geográfico y Estadístico, y éstos hablarán por nosotros, procurando ser lo más breve posible.

Por cada 1.000 habitantes morían hace cuarenta años 28; por lo tanto, era el 28 por 1.000 el resultado medio de nuestra mortalidad, y como consecuencia, ésta era una tercera parte más crecida de lo que la ciencia exige para declarar insalubre una ciudad. Hay nación que a primeros de siglo no tenía más que un 15 por 1.000 de muer-

tos, y lo regular entre las estadísticas comparativas de los Estados europeos, la que más no pasaba del 20 por 1.000, de donde resulta que desaparecía un 8 por 1.000 de seres que pudieron salvarse, y con algo más de higiene nos hubiéramos ahorrado CIENTO OCHENTA MIL de los nuestros que fueron a engrosar el diezmo que la desidia dió a la muerte, por no tener presente que la guadaña vive del descuido, de la suciedad, de la miseria y de la ignorancia.

Ahora bien ; si la mortalidad general era tan elevada, la mortalidad infantil era aterradora según los datos que leemos en nuestras estadísticas oficiales. La fecundidad de nuestras mujeres, ni grande ni pequeña, casi no bastaba a contrarrestar las pérdidas sufridas, y si hubiera sido posible el reunir al infantil ejército de los SEISCIENTOS MIL nacidos en España en un año, en la época que hacemos referencia, y seguirlos con la vista en las primeras etapas de su vida, se erizarían los cabellos de horror ante la apocalíptica visión de tantas pérdidas dolorosas robadas a la riqueza del país y a la suerte de la patria. En el año 1901, nacieron 650.427 niños y de estas vidas entregadas a nuestra protección y cuidado, con los datos de que disponemos, no llegaron apenas la mitad a cumplir los veinte años, que es la edad en que

el país podría prometerse risueñas esperanzas. La muerte ha estado cebándose, rabiosa y despiadadamente, en nuestros niños por falta de higiene, siendo increíble que en el amanecer del siglo xx nuestras fosas se rellenaban de esqueletos a medio hacer.

En las estadísticas oficiales nuestra mortalidad debiera habernos avergonzado, al estudiarlas en cada una de las enfermedades en particular.

En primer lugar, la tifoidea, en 1900, se llevó al otro mundo 11.426 españoles, en tiempos en que era ya conocido el bacilo de Eberth y que era del dominio vulgar el camino que este agente elige para su propagación; y si en aquel entonces no se conocían los procedimientos profilácticos de vacunación, los demás países ponían en práctica todos los medios de saneamiento para rebajar notablemente el número de afectos de esta infección.

Era vergonzoso lo que con respecto a la viruela ocurría en España, en la época a que nos referimos. Alemania, en 1887, con la vacunación forzosa, terminó con esta asquerosa enfermedad, pues en 1895 sólo murieron 27 variolosos en todo el imperio, y en 1897 fueron tan sólo 5 los fallecidos por esta dolencia, mientras que en España, en 1901, murieron 11.695 variolosos; ahora bien, Alemania gastó cerca de seiscientos millones de

marcos para terminar con la viruela y nosotros, ¿qué hicimos entonces?

Cuando Roux dió a conocer, en el Congreso de Budapest, el suero antidiftérico, en 1891, que llenó de entusiasmo a todas las madres del mundo, nueve años después de estar en uso el remedio positivo para curar la difteria, aun morían en España 8.000 niños atacados de esta enfermedad.

A principios de siglo morían en nuestra patria 36.566 tuberculosos, y si a esto añadimos un sinnúmero de afecciones similares, que bien podríamos asegurar son producidas por el bacilo de Koch, ascendería a más del doble de los resultados netos de nuestras estadísticas oficiales; pero aun cuando no fuera más que los tuberculosos primeramente mencionados, siempre resultaba que en tiempos pretéritos España perdía 2.000 vidas por cada millón de habitantes.

Todavía hay que añadir a estas cifras unos miles de niños que se malogran al nacer por debilidad congénita acarreada por la sífilis, la tuberculosis, el alcohol, la miseria y los vicios todos de los padres; y este cuadro, que era bien triste y que los españoles hemos estado contemplando tantos años, ha determinado, por fin, la reacción que, aunque tardía, ha modificado el estado sanitario nacional.

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

Con el transcurso del tiempo y la constante labor de la Medicina se ha modificado notablemente la mortalidad proporcional y hoy no mueren en España más que el 16'30 por 1.000 de nuestros hermanos, en lugar del 28 por 1.000 que antes dijimos, con un ahorro de 270.000 vidas y que trae como consecuencia que nuestra patria se vaya repoblando lentamente.

La Medicina ha influido notablemente para que, sin llegar al ideal soñado en nuestro estado sanitario, se camine en progresión creciente para poder alcanzar lo que la higiene exige: sanatorios, dispensarios, hospitales mejor abastecidos y con higiene más modernizada, centros antituberculosos, escuelas de Puericultura y de protección al lactante, centros de Maternología, colonias escolares, viviendas protegidas, etc., han contribuído de una manera ostensible a que se vea cómo nosotros los médicos vamos contribuyendo a perfeccionar la raza y evitar sus males.

La mortalidad infantil, así como la determinada por las demás enfermedades, ha disminuído mucho, pero para lo que debe ser, estamos muy atrás, pues la mortalidad de los seres que pueblan nuestro suelo patrio es todavía demasiado crecida. Con los medios de vacunación y sueros de que disponemos no debiera existir ni viruela, ni dif-

teria, ni casi tifoidea, así como conocidos los medios para oponerse a la marcha de la tuberculosis y puestos en práctica, disminuiríamos en muchos miles el número de mortalidad de nuestras juventudes ocasionada por tan traidora enfermedad.

Yo bien sé que la resolución de estos problemas es cuestión de dinero ; pero no hay más remedio que gastarlo. Se invierten cantidades fabulosas en material de guerra para aniquilar al enemigo y defender la integridad de nuestro suelo patrio ; pero también la masa de españoles que muere a consecuencia de enfermedades que son evitables tiene derecho a no contraerlas y a curar si las poseen, y hay que ponerse de acuerdo todas las naciones para evitar que en Europa mueran al año un millón de tuberculosos.

Precisa que seamos avaros en conservar la vida de los nuestros, pues cada uno de los que viven en el mundo es un órgano de un inmenso mecanismo que alienta, que se mueve y que trabaja : una máquina nacional es tanto más fuerte, más poderosa y más rica cuanto más son sus piezas y más perfecto su engranaje.

El número de habitantes hace vigorosa a la patria ; el capital de un país es proporcional a la riqueza de sus vidas, y decía uno de nuestros grandes políticos de tiempos pasados, que nación que

se multiplica, crece y se hace populosa, es nación de grandes destinos. Las leyes de la dinámica social son tan exactas como las de la dinámica física: los pueblos densos, nutridos y rebosantes acaban un día por verterse en los casi vacíos y exánimes, y es preciso que rellenemos nuestros huecos y apretemos nuestras filas para evitar que se viertan en nosotros los extraños, debiendo los médicos no cansarnos de ser los apóstoles de este evangelio de salvación física, para que España exista como pueblo moderno. Despilfarramos la vida a ciegas con el imbécil atolondramiento del pródigo que no ve el día de hoy y finge no saber que existe el de mañana.

No puede ser de mayor interés en España todo cuanto se refiere a la gran mortalidad; pero es todavía de mayor interés y tiene un especial aspecto lo que se refiere a la mortalidad de los menesterosos, pues hace medio siglo era verdaderamente aterradora, al cebarse en el obrero estrujado, estrujado por el exceso de trabajo y el hambre, y ya en aquel entonces decía Bouchardt: «El rico muere menos que el pobre»; y añadía Salisbury «que el pan que pide el obrero significa un anhelo de bienestar que conduce a la salud», y no se puede hablar de los problemas que afectan al pobre sin hablar de higiene, pues en el seno de estas cues-

tiones sociales hay un mucho de condensación de sufrimientos que nadie mejor que el médico puede conocer.

La mortalidad de los obreros en las grandes industrias, la de las aldeas miserables, la de los barrios densos y apretados donde viven en las ciudades los trabajadores es siempre excesiva, pues allí se amontonan concentrados por la pobreza y la miseria las más terribles causas de enfermedad y de muerte. Korosi, en Budapest; Sommerbrat, en Berlín; Serensen, en Copenhague; Polak, en Varsovia; Bertellon, en París, y Mare d'Espine, en Ginebra, así lo demuestran en sus estadísticas. Nosotros tenemos a la vista la mortalidad por mil de los distintos barrios de las principales capitales de España y es alarmante el porcentual de mortalidad entre los poblados por gente acomodada y los habitados por las masas obreras. Un miembro del Parlamento inglés afirmaba hace tiempo que si todos los habitantes de Londres pudieran estar alojados como lo está la clase acomodada, habría en la gran ciudad 25.000 defunciones menos todos los años, y al mismo tiempo hemos de tener en cuenta que siendo la mortalidad grande, lo es también la mortinatalidad y es menor el número de nacidos vivos y el peso de los que nacen, según la estadística personal de la

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

Maternidad a nuestro cargo, que guarda perfecta relación con las publicadas por Pinard y por los italianos Bossi y Rosinelli. Además, desde E. Geofroy y Saint-Hilaire hasta nuestros días, viene observándose que la miseria y el trabajo excesivo son responsables de gran número de niños deformes. Todo se enfoca en la desdichada clase obligada a trabajar en un medio de escasez, para hacerla el blanco preferido de la enfermedad y de la muerte.

Hasta hace pocos años los lamentos de los que padecían miseria fueron tan vivos que sonaron airadamente sus quejas deseando que llegara el día de sus reivindicaciones sociales, y del taller y de la fábrica, de la mina y del campo, llegaban voces iracundas pidiendo el derecho al trozo de relativa dicha que como herencia de origen divino recibieron de Adán, por no poder soportar el fardo de dolores que les agobiaba.

Gracias a los médicos, que han sido oídos por los gobiernos, las cosas han cambiado notablemente y hoy podemos afirmar que la ley del trabajo en España y las reivindicaciones sociales para el obrero son únicas en Europa. Pero todavía estamos atrás, principalmente en lo que a la higiene se refiere, pues hay muchos seres en nuestra patria que comen y viven mal e inspira náuseas las

viviendas donde los menesterosos y los sin trabajo viven en promiscuidad infecta, que determina estragos en los cuerpos mal nutridos y ocasiona las enfermedades donde se ceba el bacilo de Koch para vivir a sus anchas, dándose el caso del que enferma por comer de sobra y el que por comer mal no puede vivir sano.

Los efectos del trabajo excesivo que agota las energías de la raza por abuso del músculo se han corregido en absoluto con la jornada limitada; pero todavía deja anchos surcos la guadaña de la segadora invisible en las filas de la clase media, que no puede vivir con los sueldos que percibe y necesita compensarse con trabajos extraordinarios, en que el descanso es menor que el necesario y la alimentación, insuficiente.

Decía no ha mucho el sacerdote don Angel Herrera en este paraninfo, que el obrero tiene derecho a vivir y para vivir necesita comer, y el trabajador, sea del sector que fuere, manual o intelectual, que no tiene trabajo, hay que proporcionárselo o hay que darle de comer, y es la patria la encargada de ello, porque si en un momento dado la nación lo necesita para defenderla, se somete a ello y derrama su sangre o pierde su vida en cumplimiento de un deber de patriotismo. Este es problema que derivado de la higiene, por lo que

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

significa para el mejoramiento de la raza, lo es también políticsocial, que nos hace ver las injusticias que estamos obligados a reparar, porque aun volviendo la vista al lado risueño de la vida, para distraer los sentidos en las maravillas del progreso, no podemos, por egoísmo, dejar de ver y oír los sufrimientos y desgracias de muchos de nuestros hermanos que sufren dolores que por abandono no se calman ; crueldades que por falta de piedad no se evitan ; conflictos que no se remedian porque no se estudian bastante y gran número de vidas que se ven marchar en continuo y fúnebre desfile sin hacer lo debido para detenerlo.

¿Veis como la política necesita llamar en su ayuda a la Medicina a fin de tratar de resolver estas cuestiones? La gran tendencia a vivir mejor afecta a la enorme masa de los hombres del mundo, pues el instinto humano de conservación, que empuja constantemente a mudar de postura huyendo del dolor, plantea un problema de fisiología e higiene y torpe será quien no lo confiese. Es verdad que nada hay en la vida moderna que no esté impregnado de dolor, y la Medicina más que otra ciencia, al descender y ponerse en contacto con los de abajo, puede paladear las hieles sociales ; por eso sociólogos y economistas españoles estudiaron antes y ahora la fórmula soñada para

dar el máximum de bienestar a nuestros pueblos, y hasta un Pontífice venerable, que bajó lentamente a la tumba como sol majestuoso, dejó oír su voz, hace unos años, para consuelo de tantas angustias sociales.

El hombre con míseros medios de fortuna es el más expuesto a enfermar. La función patógena es resultado de la falta de adaptación; si nos sostenemos vigorosos y firmes la causa no obra, de la misma manera que la antigua bala de fusil resbalaba por la piel del hipopótamo; hay entonces una acomodación sobre nuestro cuerpo y la causa: la adaptación se produce y la enfermedad no aparece; pero si el elemento extraño topa con un organismo desfallecido y débil y la resistencia flaquea, sucede lo contrario. Ahora bien, la civilización se ha hecho para la adaptación, y conforme el hombre va civilizándose, se emancipa de la naturaleza, la domina y, ajustándose a sus necesidades, lima las uñas y los dientes de todo lo que puede perjudicarle, siendo la higiene la que dirige la lucha entre lo que ataca y lo que se defiende, habida cuenta que a medida que la fuerza de ataque es mayor, las defensas son también mayores contra las causas de enfermedad; de ahí que pueda defenderse muy mal aquel que la desgracia le arroja al mundo del trabajo con escasas

fuerzas y desprovisto de armas para defenderse; de ahí a que el gran peso numérico de la mortalidad caiga de parte del menesteroso que no gana jornal y si lo tiene es escaso para reparar las fuerzas propias y de sus hijos y, además, cubre mal sus carnes y vive en pocilgas como hay muchas en el mundo y que vemos a diario en nuestra ciudad, que sólo cuentan con la ventilación que entra por la puerta de la calle.

Es una realidad que la cantidad de trabajo a que el hombre estaba sometido y la dureza del mismo se ha modificado paulatinamente, y en nuestros días todavía más, por el interés puesto por nuestros dirigentes, y la condena de vivir con el sudor del rostro ha de cumplirse necesariamente; pero ha de ser sólo de sudor, no de sangre, como en tiempos pretéritos bañaba la frente de nuestros hermanos por los excesos a que estaban sometidos y las exigencias de que eran objeto.

El trabajo fué ennoblecido por el carpintero de Nazaret, y como afirmaba el memorable León XIII en la conocida encíclica *Rerum Novarum*, «el obrero es un hijo de Dios y no debe ser cambiado en máquina de producir dinero», a lo cual añadía monseñor Keant, rector de la Universidad de Washington, que «ni el trabajo ni el trabajador deben descender de la dignidad a que la Natura-

leza y Dios les ha elevado», y así, afirmaba Balmes que para el obrero «la industria se ha hecho cruel».

Todos los organismos no tienen la misma capacidad de trabajo y éste es asunto de orientación del médico fisiólogo, que debe decir hasta dónde las energías del hombre pueden ser utilizadas; de fisiólogos y sociólogos es la misión de orientar a los Ministerios de Trabajo las factibilidades de un obrero para que en él se cumpla lo que la Medicina exige.

La fatiga es un fenómeno fisiológico que está en los límites de la enfermedad. Nuestras células, nuestros tejidos y nuestro organismo todo, al funcionar produce venenos que al verterse en la sangre se tienen que eliminar, y cuando la función repetida se exagera y no viene el descanso a facilitar su expulsión, sobrevienen a la larga lesiones irreparables. El hombre que se cansa es un hombre que se intoxica a sí mismo, y es un hecho de observación perfectamente comprobado en los laboratorios, que estos organismos son los más predisuestos a la infección, y esto está perfectamente demostrado en las estadísticas, en las que se observa que la mortalidad media en la clase obrera crece a partir de los 35 a los 40 años, en la edad precisamente en que la fatiga del oficio

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

vence las resistencias del individuo, siendo de observación corriente que los accidentes del trabajo se producen con mucha más frecuencia después de la quinta hora de haber empezado la jornada, por el agotamiento del organismo que debilita sus energías.

De todo esto se deduce que la Medicina viene prestando una actuación positiva para la orientación del trabajo, pero todavía ha de perfeccionarse más, cuando fisiólogos y sociólogos digan la última palabra y la legislación dicte sus leyes. Bien supo interpretar esta cuestión el Pontífice fallecido cuando dijo «el número de horas de trabajo no ha de exceder de la medida de las fuerzas del trabajador». Hoy, por fortuna, la jornada de trabajo se ha reducido en tal forma que aquellos obreros que ha varios años pedían piedad y justicia con voz desfallecida y mano cansada, gracias al catolicismo social han logrado sus deseos, dando un gran paso a la higiene de los pueblos y un triunfo de la Medicina, evitando parte de las enfermedades que la fatiga, tanto corporal como mental, determinan.

La limitación del trabajo en la mujer y en el niño ha dado un gran paso en la higiene social. Ya desde antiguo una epidemia en Manchester fué origen de la ley protectora de 1802 en Inglaterra

para terminar con aquel abandono que hizo exclamar a Sonthey que «la trata de negros es gloria comparada con esto». No hay que negar que el ejemplo del pueblo inglés ha sido seguido por los pueblos civilizados, y en España, principalmente, la mujer y el niño cuentan con una legislación que les ampara, y las escuelas de Puericultura y Maternología funcionan en nuestra patria dando un rendimiento que ha traído como consecuencia *la disminución de la mortalidad infantil*.

Hay que recordar lo que nosotros mismos hemos presenciado viendo el número de niños que morían y que entraba como factor principal el trabajo a que estaba sometida la mujer encinta casi a término, la mala asistencia del parto, la debilidad congénita, la pobreza, el alcoholismo y la influencia de los oficios para las sustancias tóxicas que manejaban las madres.

Hoy, gracias a los conocimientos que la Medicina aporta en el campo de la higiene, la Puericultura intrauterina comienza a actuar beneficiosamente en la fábrica, en los talleres y en la mina para que no veamos más el cuadro que Italia presencié con indignación, al contemplar los sufrimientos de los niños extractores de azufre en las minas de Sicilia y que hizo exclamar a Merlino : «Ver á estos desgraciados y no sentirse sobrecogido

de espanto, compasión y vergüenza es imposible.»

Noble, honrado y hermoso es el trabajo: el músculo se ha hecho para eso; la inteligencia, también; pero no por ello ha de convertirse el hombre en máquina forzada que la muerte arrincona antes de tiempo por inservible.

El hombre necesita atender a las necesidades suyas y de su familia, y como decíamos antes, ha de comer y vivir donde el sol entre en su morada y el aire sea renovado constantemente para que la higiene pueda cumplirse.

Sabemos que el problema es difícil, pero hay que resolverlo. ¿Cómo? Como se ha empezado ya, pues con las viviendas protegidas se ha dado un gran paso y con el tiempo este problema quedará resuelto. Además, el pobre necesita jabón para lavar, piscinas públicas donde limpiar su piel y comer lo suficiente. No olvidamos que el jornal ha subido comparativamente mucho en la mayor parte de los trabajadores, pero no es suficiente ante la carestía de la vida y, podríamos añadir, ante el género de vida del hombre moderno; pero la función educativa basada en una legislación que tenga su apoyo en los principios fundamentales de la Medicina traerá como consecuencia que los pueblos, a imitación de los países escandinavos y en Suiza no tengan otra orientación,

para hacer la raza fuerte, que los principios de la higiene pública.

Del asunto de la vivienda hemos hablado incidentalmente en varias ocasiones en el curso de esta lección, pero valdría más no hablar al recordar lo que hace cincuenta años decía Scheftibury, que la causa de la mayoría de los males es la vivienda, y añadía que la clase más pobre vive en tales condiciones que ningún señor soportaría la idea de tener en ella su caballo. Hay que leer las conclusiones de higiene de los trabajadores alemanes revelando el estado de miseria de sus viviendas en Berlín, y en este mismo sentido se ocupan los higienistas de Oporto al afirmar que la mitad de las casas son «sentinas tabicadas»; y si esto se afirma en el extranjero, ¿qué diremos de España, con las casas de vecindad y con barrios completamente desamparados de las prácticas más rudimentarias de la higiene?

Las enfermedades más terribles se ceban en los seres que han sido preparados con tiempo para la muerte por la habitación insalubre, pues la vivienda pequeña y maloliente, donde difícilmente entra la luz y en particular el sol; los rincones húmedos y sucios; el dormitorio mezquino que no se ventila; las paredes húmedas donde anidan montones de microbios peligrosos, y en las que el

suelo es lecho de bacterias y el aire, que no se ventila, está mezclado con los escapes de las alcantarillas y es *mascado*, como ya decía hace muchos años Peter, por pulmones empobrecidos, siendo causa de nuestras víctimas cotidianas.

Mucho se ha hecho en el sentido del mejoramiento de la vivienda; mucho interés pone el Gobierno con las viviendas protegidas para transformar la forma de vivir del obrero y de la familia de la clase media, pero estamos todavía muy atrás y esto podrían atestiguarlo los médicos de la Beneficencia Municipal y los visitantes de las Conferencias de San Vicente de Paúl, los cuales podrían afirmarnos como aquel médico sociólogo, el doctor Cacheaux, que en Francia se pierden más vidas por la insalubridad de las viviendas que se perderían en una guerra civil.

La vivienda malsana ahuyenta al hombre del hogar para recluirlo en la taberna, y aunque somos de opinión que el alcoholismo en España no es una plaga como en otras naciones, que llega a preocuparlas seriamente, los desastres del alcohol tienen tal importancia que hay que evitar en lo posible el uso exagerado del mismo, por ser mal enemigo de los pueblos y de la familia y cuyos efectos contemplamos los médicos en el manicomio y en el hospital y el sociólogo en el presidio.

Bueno es reflexionar que por lo poco que hace hoy España y por lo mucho que puede hacer mañana, el alcohol es siempre terrible : azote peor que el cólera, como en tiempos pasados decía Balzac, y para el obrero que de él abusa —aun tomando sólo vino— «es una letra de cambio girada contra su salud, que tarde o temprano ha de ser causa de la bancarrota de su cuerpo», pues por más que al pronto encuentre un sedante para sus dolores morales y un falso excitador de sus fuerzas medio consumidas, anticipa su vejez y se ofrece inconscientemente como víctima débil a la enfermedad para que la muerte le convierta en trofeo de su fácil victoria.

Pensemos mucho en el necesitado, que suele mirarnos desde su pobreza con injusto recelo ; y nosotros, los que, colocados más alto, podemos dominar sus males para templar sus sufrimientos, ya con el solo móvil de filantropismo que nos hace bajar los ojos para contemplar el dolor ajeno y tender los brazos a sus desventuras, o siguiendo móviles egoístas del que contempla al enfermo como un foco de pestilencia del que hay que guardarse y conseguir apagarlo lo antes posible. Si la gente acomodada pudiera seguir el rastro de sus enfermedades, llegaría a encontrar con frecuencia su origen en el tugurio del pobre. El barrio rico es

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

tributario en esto al barrio pobre: la viruela, el sarampión, el tifus, la tuberculosis tienen siempre el fuego encendido en la vivienda humilde, esperando siempre que el azar haga saltar la chispa que prenda más lejos.

Es preciso acomodar los preceptos fundamentales de la higiene en un aislamiento perfecto, y por eso precisan los hospitales de enfermedades infecciosas para que perfectamente acomodados los enfermos puedan tratarse convenientemente y ser aislados del resto de la población civil para evitar el contagio a nuestra salud, comprometida por la enfermedad ajena, porque, de lo contrario, el agua, el aire, el pan que llevamos a la boca, el traidor descuido de la fatalidad ciega, puede meternos de improviso en el cuerpo lo que no contribuimos a extinguir o a evitar en otros.

La muerte, a semejanza de ciertos animales acometedores, suele retroceder cuando se le mira de frente y se sale a su encuentro con inteligencia, virilidad y audacia. Peor que la muerte es nuestra indiferencia, porque suele ser tal vicio signo de voluntad enferma y de próximo aniquilamiento del alma.

El hombre mira con indiferencia las causas que destruyen su salud, porque está acostumbrado a saber que desde que fué creado por Dios, ha sido

su constante compañera la muerte, y como heraldo de ésta, la enfermedad; por eso es el mundo un inmenso osario de las generaciones que fueron y un inmenso hospital de las generaciones que son; y es, no obstante, inmotivada la creencia que hace a la enfermedad igualmente inevitable que la muerte. Tenemos la idea de que estar enfermos es un hecho natural de la vida, del cual no podemos escapar, y a tal causa se debe que nos hayamos acostumbrado a tener como necesaria y fatal la enfermedad, y de tanto verla a nuestro alrededor parece que nos hayamos resignado a ella, aceptándola como castigo de nuestra imprevisión.

No hay motivo para esto. Conviene proclamar valientemente la virtualidad de la Ciencia, que hace muy bien en reclamar el derecho a ser creída. Casi todas las enfermedades existentes y por existir son y serán en su mayoría evitables; los dos términos que concurren en la producción de la enfermedad pueden constantemente variar: el organismo y la causa; el uno porque admite toda la preparación posible para resistir; el otro, porque se deja desviar, neutralizar o vencer.

La Higiene entera se funda en esta posibilidad. Desde el hombre primitivo hasta nuestro tiempo, no ha habido esfuerzo humano que no haya sido encaminado a ahorrar sufrimientos, y de esta labor

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

continua ha resultado una economía de dolor que la sociedad ha puesto a cargo de la civilización ; y decía nuestro Balmes que «la civilización es la mayor suma de moralidad, de inteligencia y de bienestar en el mayor número posible de hombres». Y decía bien, porque para arrastrar la cadena de dolores de la Edad Media no valía la pena de que nos hubiéramos cansado tanto en inventar. El medio social disminuye el riesgo de enfermedad, de padecer y de morir ; esto es indudable y por eso, a medida que ha crecido la solidaridad humana, ha ido en aumento el botín conquistado a la enfermedad y a la muerte.

A pesar de la mortalidad actual de la especie humana, se vive ahora mucho más que en otros remotos tiempos. Upiano, en su *Digesto*, dice que la vida media de los romanos acomodados en tiempo de Alejandro Severo, según los censos y cálculos hechos desde Servio Tulio a Justiniano, era de treinta años, y menor sería contando la de los esclavos. La Edad Media acortó el vivir, pues en pleno siglo xiv, en París era la media de diecisiete, y entró en el siglo xviii con treinta y dos. Gracias a la Medicina y a las aplicaciones de las reglas de higiene, a principios del siglo xx, el acrecentamiento de la vida humana es mucho más elevado : hoy la vida media es mucho mayor y podemos abrigar

la esperanza de que viviremos vida mayor en tiempos futuros.

No es posible suprimir la muerte, quizá tampoco la enfermedad; sin embargo, aminorar ésta es nuestro deber y morir de viejo un ensueño a cuya realización tiene derecho la humanidad toda. Para alcanzarlo, estudia la Medicina. Gracias a ella se han conseguido la mayor suma de progresos; de nada o de bien poco servirían la imprenta, la electricidad y el vapor si el hombre enfermara más y viviera menos que en tiempos antiguos. Las tablas de Vespasiano señalaban en Roma triple mortalidad que en cualquiera de las ciudades modernas. Fácil es citar enfermedades que han desaparecido de la tierra; otras que están a punto de extinguirse y de muchas de las otras conocemos los medios de borrarlas de la lista que sirve a la muerte para llamar a sus elegidos.

Mucho hemos conseguido ya; vamos alargando la vida cuanto es posible para alcanzar la vejez, que nos es más fácil que en tiempos en que Cicerón decía: «Se puede luchar contra la edad lo mismo que contra la dolencia.»

Entretanto, tengamos fe en la Medicina como principal factor del progreso, pues con la fe y perseverancia precisa podremos llegar a conseguir el ideal trazado en bien de la humanidad. Ahora

bien, como la Medicina necesita de los de arriba para conseguir sus fines sociales, entreguémosles a nuestros gobernantes la grave misión de procurar al hombre el bienestar que por derecho le corresponde. Elevemos el arte de gobernar y hagámosles mirar desde lo alto estas graves cuestiones tan fundamentales en nuestra patria.

¿Puede negarse a la Medicina influencia para conseguir las? Hágasele justicia. *Es tan dulce vivir y tan agradable estar sano, que bien merece consideración la ciencia que trabaja con afán para procurar al hombre menos dolor y para dejarle un rato más sobre la tierra.*

Y ahora, mis últimas palabras a vosotros, mis queridos estudiantes, en que mi voz ha de emitir mi pensamiento por última vez.

Vosotros seréis el día de mañana lo que ahora queráis ser; sólo es cuestión de proponéroslo y poner los medios necesarios, dedicándoos a un trabajo intensivo y robando tiempo a todo aquello que os desvíe del camino de vuestro fin.

Vuestro cerebro es una cuenta corriente en la que vais ingresando todo cuanto es producto de vuestro trabajo, y a esta acumulación de capital será a la que recurriréis en el mañana cuando venga el momento decisivo de colocaros en la vida; procurad que el capital sea lo más crecido po-

sible para luchar con ventaja ; en vuestras manos está.

Debéis ser varones fuertes para luchar con todo lo que se opondrá a vuestra formación, pues el trabajo en la mayoría de los jóvenes es de difícil adaptación, pues tenéis que sostener constantes luchas con esos estados misteriosos que el espíritu siente y que aguza los deseos, las pesadumbres, las quimeras, las ansias infinitas, la inquietud del más allá y el hervor de la vida subconsciente, con las dolencias del alma y de la carne, y que serán obstáculo que tendréis que vencer para lograr vuestra formación.

Ya habéis oído mi pobre discurso, en el que se refleja el estado sanitario de España, y aunque nuestro Caudillo, con su Gobierno, procuran que éste sea lo más floreciente posible, estamos muy lejos de que constituya la realidad soñada por los médicos higienistas, y yo, desde esta tribuna, a vosotros, los hombres del porvenir, os ruego sigáis la obra comenzada y la acrecentéis. No me dirijo sólo a los que tenéis que ser médicos, pues legistas y sociólogos se necesitan, como químicos que trabajen en los laboratorios y filósofos que sean la base de todo avance cultural, y si vosotros conseguís realizar cuantos problemas hemos apuntado, vuestro será el gozo de haber resuelto las más altas

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MEDICINA

cuestiones médicosociales que tanto interesan a nuestra patria.

Hoy en estado de crisálida, seréis mañana hermosas mariposas que llevaréis en vuestras alas el polen fecundante de nuevas concepciones científicas, y no porque veáis lejos el término de vuestras aspiraciones os desaniméis y os consideréis impotentes; el mundo se rige por armonías; felices vosotros si contribuís a aumentarlas.

La Ciencia es esencialmente una y múltiple en sus manifestaciones y elementos constitutivos; y un soberbio alcázar que atesora maravillosas creaciones del genio; un conjunto armónico, donde todos los adelantos tienen representación cumplida. Y como una es la solicitud de la inteligencia para la adquisición de la verdad, y uno es el deseo de la voluntad para la realización del bien, y una la aspiración del sentimiento para la contemplación de la belleza, una es también la ciencia en la que se funden y se satisfacen esta solicitud, deseos y aspiraciones, si no olvidamos la debilidad de nuestras facultades y la limitación de nuestra razón para que, confesando humildemente nuestra pequeñez, elevemos nuestro espíritu hacia Aquel que es la verdad y la vida y a cuya glorificación nos mueve la grandeza de todo lo creado; y así, en el espacioso templo de anchurosas y elevadas



naves, asilo del arte y venero de la inspiración, mientras las lenguas de bronce desde lo alto de la torre y la armonía del órgano quieren representar en el Cielo el júbilo de la tierra, nubes de incienso elevan las plegarias de los hombres, y grandes y pequeños, magnates y pueblo unidos por el estrecho vínculo de la fe, cantán, postrados de hinojos, las alabanzas a Dios, único poseedor de la Verdad, porque sólo en El se halla la plenitud de la Ciencia. *Omnis sapientia a Domino Deo est.*

HE DICHO.